

El grito de la tierra

Enzo Oliviero Verzeletti sx

El pasado mes de mayo se llevó a cabo la «Semana Laudato si'»: una ocasión importante para explorar y comprender mejor la riqueza de la encíclica del Papa Francisco, publicada hace cinco años.

Si releemos el texto en este período, sabiendo que millares de personas han sido afectadas por el *virus* y precisamente mientras tomamos conciencia de las dolorosas consecuencias de la pandemia sobre la economía globalizada, quizás, nos damos más cuenta de la urgencia de proyectar y de actuar según la dirección indicada por el Papa.

Durante la confinación obligatoria y necesaria para limitar la difusión de la enfermedad, hemos asistido a procesos muy particulares: por una parte a la disminución o al total cese de muchas actividades; por la otra, a la neta reducción de las emisiones de agentes contaminantes; sin embargo, no nos sentimos consolados respirando aire más limpio, porque el precio pagado al *virus* en términos de vidas humanas ha sido incongruo y terrible.

También hemos asistido al crecimiento exponencial del empleo por *Internet*, *apps* y *social Network*, pero el sufrimiento debido al distanciamiento social no ha sido ahorrado a nadie. La constricción dentro de las paredes domésticas ha permitido a muchos, por otro lado, a tener más tiempo para reflexionar sobre sí mismos y sobre el propio estilo de vida; desde diversos lugares, con espacios y perspectivas diferentes, se abre paso la idea de recoger el sentido positivo de esta reflexión, para seguir viviendo con mayor plenitud, proyectando y realizando una sociedad mejor que la actual.

La incertidumbre con respecto al futuro podría representar hasta una provocación para la creatividad y un estímulo para soluciones nuevas.

“¿Qué tipo de mundo queremos dejar a los que vendrán después de nosotros, a los niños que están creciendo?”.

A partir de esta pregunta, el Papa Francisco renueva Su “llamado urgente a responder a la crisis ecológica, pues, el grito de la tierra y el grito de los pobres no pueden esperar”.

La pregunta, centrada en la locución “qué tipo de mundo”, obliga a una reflexión sobre la calidad y sobre las articulaciones de la relación que cada uno de nosotros mantiene con el mundo, ya sea individualmente, como en comunidad.

Se trata de empezar, o recomenzar, a preguntarse qué tipo de relación tenemos con nosotros mismos, con los demás, con la naturaleza y, en fin, – o al comienzo – con Dios. Y cuánta y qué atención, pasión y energía estamos dispuestos a invertir en el cuidado de estas relaciones.

La complejidad del presente obliga a una reflexión y a una acción común, focalizada en el tema de la solidaridad humana, no solamente a nivel familiar, de barrio, de vecindad, de nación, como la crisis sanitaria ya lo ha determinado, sino a nivel mundial.

El distanciamiento social, por muy triste que sea, ha tenido el mérito de hacernos añorar concretamente la falta – y por lo tanto la importancia – de la relación tangible con quien estaba lejano de nuestros afectos más fuertes.

Pero llegar a sentir el real distanciamiento constante, la compasión y un sentimiento de verdadera solidaridad con quién no pertenece directamente al círculo de los nuestro, es algo que es mucho más difícil.

Sentirse solidarios con el resto de la humanidad, para realizar una sociedad mejor de la actual, se convierte en un desafío para toda la cristiandad, *in primis* para nosotros misioneros.

Nos gusta, sobre todo en Italia, distinguarnos los unos de los otros, cada uno en defensa del propio estilo de vida. Es necesario comprender que “solidaridad” no es igual a “uniformidad”, porque la solidaridad, comunitaria y mundial, puede nacer sólo de un encuentro, de un diálogo auténtico, no ideologizado, que proceda de la confianza recíproca. Éste puede ser el punto de partida de una “ecología humana”.

Durante el aislamiento, el extenso uso de los sistemas digitales, también dentro de las comunidades religiosas, ha podido de relieve, según mi punto de vista, la falta de un encuentro real, en el que cada uno esté dispuesto a escuchar, valorar y discutir las propuestas ajenas. Muchas han sido las iniciativas, incluso, buenas y bellas, pero ahora tenemos necesidad de comprometernos en instaurar un clima auténticamente dialógico, capaz de conducir a opciones concretamente operativas, para el bien de todos.

Me explico mejor: muchos usuarios de *Internet* muestran la típica volatilidad del pensamiento estático, que se alimenta de la enunciación de principios y teorías o de exhibiciones de audio y vídeo, que poco tienen que ver con el compromiso directo en la solución de la cuestión central cada vez más evidente: el apelo urgente a responder a la crisis ecológica, al grito de la tierra y al grito de los pobres que no pueden esperar más. A menudo, principios y teorías se cristalizan y, transformados en pálidos y pobres *slogans*, producen el efecto de separar la palabra de la acción, el decir del hacer.

El discurso y el actuar práctico son como las dos ruedas de un engranaje: si empezamos a rodar de modo desasociado, sin que el movimiento de la una guíe o se ajuste en la otra, el engranaje gira en el vacío, arriesgando de pararse o, peor, de bloquearse.

Esta situación es evidente en muchos espacios de la convivencia humana.

Es posible vislumbrar un trágico ejemplo de todo esto en los hechos de Minneapolis: allí está en peligro la unión social y el entero sistema corre el riesgo de bloquearse, porque

quien debería hacerse garante del respeto de la justicia, parece – en cambio – hacerse operador de iniquidad.

En las cuestiones más estrictamente relacionadas con el ambiente natural, si no se actúa concretamente para equilibrar producción y consumo con la declarada necesidad de salvaguardar el ambiente, arriesgamos, por así decirlo, el bloqueo de los engranajes en el entero ecosistema.

Si un depósito de petróleo, como ha ocurrido en los días pasados, por error o por descuido humano, descarga veinte mil toneladas de crudo en algún río del mundo, o una central nuclear, como también ha sucedido más de alguna vez en el pasado, dispersa sus escorias radiactivas en el ambiente circunstante, ¿quién podrá resolver este “problema” y arreglar verdaderamente el daño?

En el sistema vigente de comunicación de masas, de la que está entrelazada la sociedad capitalista, la naturaleza ha sido relegada al fondo, como el póster mural de una elegante decoración: difícilmente molesta nuestro bienestar, porque queda lejana, parecida a un adorno opcional, y no nos induce a la confrontación directa con su rudeza, sus resistencias, sus sorpresas.

Al día de hoy, se “ha desnaturalizado la naturaleza”, transformándola en un “concepto” ornamental, a menudo, y por añadidura, poco representativo de la realidad, mientras en concreto se explotan indiscriminadamente los recursos, no a beneficio de toda la población mundial.

Por consiguiente, ¿qué podría ser menos “natural” para los seres humanos que optar por actuar para salvar un “concepto”? ¿Por qué abandonar nuestras “estructuras de *comfort*” por algo que aparece siempre maravilloso, visto cómodamente en fotos, en vídeo o visitado a través de espectaculares viajes organizados?

En las sociedades ricas y “desarrolladas”, donde la “felicidad” gira en torno a una fantasía de crecimiento ilimitado y a la eliminación de las molestias, el valor unánimemente reconocido es el del “bienestar”.

Es prerrogativa de las sociedades desarrolladas y privilegiadas, como la nuestra, poder dedicar una entera parte de las ganancias de la actividad laboral a la eliminación de los obstáculos, malestares y afanes, desde el más doloroso hasta el más diminuto, incluyendo la instalación funcional y elegante de los ambientes en que transcurrimos cotidianamente nuestro tiempo.

La mayor parte de los productos y los servicios ofrecidos en el mercado son presentados como proveedores de *comfort* y facilidades: de uso, de cambio, de ensamblaje, de almacenaje, de conservación, de pago, de transporte, de preparación, de entrega, de sustitución, de elección, de encuentro. Todo cada vez más a distancia del *click* de un *mouse* o al toque sobre un *touchscreen*, por medio de la app... planeada a propósito.

En nombre de este “*comfort protector*”, la mayor parte de nosotros se ha aislado, no tanto de los propios semejantes, sino de lo que yo llamaría el sentido de la realidad de la naturaleza, de sus equilibrios y de la absoluta interdependencia de todos los fenómenos naturales, vida humana incluida.

El ambiente natural pone al hombre ante una cuestión ineludible: el mundo no pertenece a alguno, mientras que todos los seres humanos le son parte integrante: somos nosotros los que somos incluidos en el ecosistema tierra. Somos también los únicos, hasta prueba contraria, caracterizados por un intelecto discursivo, de un pensamiento que se expresa en lenguaje verbal. La capacidad de organizar la palabra bajo forma de discurso es la rueda principal de un engranaje mucho más vasto, del que participan los demás sistemas representativos humanos.

Si seguimos sustituyendo los conceptos a la realidad, sin sentir cargar sobre nuestros hombros las heridas infringidas a la naturaleza y sin emprender acciones transformadoras de los estilos de vida, el ecosistema será dañado; este maravilloso engranaje vital ya no será capaz de moverse armónicamente, girará en modalidad disociada y los desastres ecológicos seguirán ocasionándose aquí y allá.

Se necesitará un gran compromiso para hacer concordar la teoría con la praxis y hacer de la vida en comunidad, de la solidaridad y de la unión social tres experiencias no negociables.

Sí, porque “comunidad”, “solidaridad”, “relación social” como “fraternidad”, “compasión”, “amor” no son conceptos abstractos, son experiencias reales.

Sería necesario, yo creo, revivir la materialidad ruda y lenta de la naturaleza, abandonar, también por un breve período, los flujos rectilíneos de nuestras calles y las volátiles encrucijadas digitales, salir de nuestras madrigueras o jaulas confortables, para poder forjar una nueva certeza, la de nuestra interdependencia con, y entre, el resto de los vivientes. ¿No es quizás también ésta la Iglesia en salida?

Enzo Oliviero Verzeletti
Tavernerio, 10 de junio 2020